

DESDE LA CALLE

El cuerpo (viejo) en la calle: fragmento para una crónica

Lucía Melgar

Esa bolsa de plástico, siempre vacía, en la mano morena y rugosa, y la voz quebradiza y aguda como de llorona ancestral llaman a la caridad (odioso legado católico). Los ojos duros, demandantes, ahuyentan. Una mirada que exige, una mano que pide, un brazo a punto de jalar, que queda en el aire y no se atreve...

Un brazo inmóvil, inmovilizado, entablillado, envuelto en una venda mugrienta. Muñón que siempre apunta hacia adelante. Eso queda del hombre del metro, cuya sola presencia, muda al pie de la escalera, llama a la compasión (sentimiento agobiante).

Mudo es también el espectro que exhibe sus vísceras impunemente, impúdicamente, ante los ojos horrorizados de quienes cruzan los pasillos de *Centro Médico*, esa estación cuyo emblema oculta el túnel subterráneo más próximo al infierno. Ahí, desde la entrada, se pierde toda esperanza.

¿Qué justicia?, ¿qué ilusión de justicia puede conservarse ante ese estómago abierto, ante esa llaga purulenta, esa bolsa (¿de orina?) expuesta a la vista de todos? Como si de cuerpos plastificados se tratara, o peor... porque en este museo del horror no se discute siquiera la pertinencia, la ética o el significado de esa exhibición. No se exponen momias, no se desacralizan cadáveres. No. Los muertos vivos, los enfermos (¿recién operados?), los sobrevivientes se exponen a sí mismos, exhiben sus miserias, sin inmutarse, sin una queja, sin pudor (gesto que, descubrimos, nos protegería más a nosotros que a ellos).

Quienes pasan por ahí apuran el paso, bajan la mirada, hacen como que no ven (y no sienten), mientras, a veces, estiran la mano con un peso, dos pesos, que echan con prisa en el sombrero, la mano arrugada y seca, el vaso de plástico rajado. Si pudieran, volarían de un andén a otro, brincarían de un tren a otro, con tal de no ver, de no dejarse imprimir en la pupila y en la memoria esa imagen atroz, con tal de no contagiarse de esa indefensión que, como una bofetada, duele y agrede.

Ante esa hilera de viejas quejumbrosas o mudas que tienden la mano cada domingo en el atrio de la iglesia, ante esos campesinos casi centenarios que nos miran con la mirada perdida en la selva de asfalto, ante esa anciana siempre encorvada bajo el peso invisible del dolor, ante esas caras, manos, piernas, secas, arrugadas, rugosas, empolvadas, es imposible pasear, andar con la mirada al frente, mirar con calma, admirar la calle.

Testigos involuntarios de la ignominia, los pasajeros del metro, las vendedoras ambulantes, las turistas despistadas, los ciudadanos de a pie, nos sentimos —y somos— víctimas de una violencia paradójica y solapada que se va expandiendo por la ciudad. La miseria ajena nos golpea, la desigualdad que reduce a otros a escombros nos transforma en cómplices. La visión de la desesperanza, del mal sin adjetivos —sin maquillaje—, nos obliga en efecto a encarar nuestra impotencia, a cuestionar la posición del testigo que "no puede hacer nada" ante esa maquinaria invisible (el sistema, la voluntad de dios, la lógica del mercado, el destino) que reduce tantas vidas a la mera materia, que transforma el deseo en necesidad, el tiempo en espera, la convivencia en supervivencia.

En una esquina, en esa acera, en aquel parque, en este pasillo, nos topamos con la imagen de lo que podemos llegar a ser, de lo que no queremos nunca llegar a ser: un cuerpo a la intemperie.

Ser viejo y pobre aquí es ir muriendo de a poco. Sin familia, sin techo, sin dinero para curarse el brazo, la pierna, la herida, el tajo del estómago, el ojo purulento, el ojo morado, la cara rota a golpes; se pierde el nombre, el lugar, la memoria. Es dejar de ser, quedarse inmóvil al pie de una escalera, en el atrio de una iglesia, en la boca del metro, cuerpo vencido, cuerpo arrugado, cuerpo mojado, cuerpo enfermo, cuerpo yerto, cuerpo deshabitado.

Y ese asco (negado) que ensucia y estremece nuestra piel (todavía joven o no tan vieja) es a la vez horror al presente, indignación ante la desigualdad y la indiferencia, y terror al futuro, temor a ir siendo ya, en potencia, una más de esos seres transformados en no-personas.

Ante esa miseria que a nadie parece importarle, que a nadie le importa lo suficiente para gritar a los cuatro vientos que es insoportable, que así no se puede ya vivir ni con-vivir, ¿cómo transformar nuestro dolor y temor en reclamo del derecho a una vejez digna, del "derecho a tener derechos" hasta el final? ●